

En este número

I

Uno de los propósitos principales de esta publicación —afirmábamos en el primer número— consiste en ofrecer textos que propicien la reflexión, pero también el debate acerca de los problemas fundamentales de la vida económica, social y política contemporánea. Uno de esos problemas lo constituye, sin duda, el de la crisis que ataca a los centros nerviosos del capitalismo y lo sacude en todo su ámbito de predominio. En esa línea hemos publicado ensayos de autores europeos y latinoamericanos quienes, incluso desde perspectivas que pudieran parecer contradictorias o controvertibles, aportan elementos de juicio, ideas o proposiciones que amplían nuestro marco de referencias conceptual y abren el camino al diseño de una política revolucionaria basada en el análisis científico de la realidad.

Convencidos de que ese debate acerca de la crisis ha dejado de ser un asunto meramente especulativo, propio de especialistas, para convertirse ya en una cuestión *práctica* de la que depende el futuro (y el presente) de la acción política de la clase obrera, ofrecemos ahora un sugerente ensayo de Giovanni Arrighi que, aunque está fechado en 1972, contiene valiosas reflexiones en torno al reconocimiento de una nueva crisis general. El análisis del mecanismo de las crisis, comparando las de 1873 y 1930 con la situación contemporánea, conserva todavía plena validez, lo mismo que la hipótesis relativa al reforzamiento estructural de la clase obrera y las diferencias entre la burguesía avanzada y la atrasada. No se trata, sin embargo, de aceptar acriticamente todas las conclusiones de Arrighi, como la que identifica la posición del Partido Comunista Italiano como una variante del pensamiento burgués, en la buena línea maoísta sino de admitir que el ensayo tiene un alto valor teórico que supera lo contingente y abre perspectivas a la discusión actual.

España se encuentra en un momento decisivo de su historia: la muerte de Franco desató, como era inevitable dadas las peculiaridades del Estado fascista que él dirigió por espacio de cuatro décadas, un ascenso de la lucha de clases, cada día más clara y abierta. La necesidad de un Cambio es reconocida tanto por la burguesía modernizante que aspira a una rearticulación con la Europa capitalista avanzada, como por el proletariado y los sectores democráticos de la pequeña burguesía urbana.

Pero la lucha no solamente se expresa en el plano de las relaciones políticas, en la

búsqueda de un nuevo espacio liberado del viejo fascismo, sino también en la esfera ideológica. El franquismo, no obstante su largo predominio, no pudo llenar —más que con métodos dictatoriales— el vacío ideológico que dejó la guerra civil. Examinar concretamente las fases de ese largo periodo es la intención de Valeriano Bozal, miembro del Equipo Comunicación de Madrid. No se trata, desde luego, de un ensayo descriptivo del cambio ideológico de su país. Por el contrario, Bozal nos propone un análisis en el que se resalta la adscripción de clase de cada orientación ideológica articulando, según sus propias palabras, la dinámica ideológica con la dinámica entera de la formación social. Para el autor, la lucha ideológica no se limita a una mera polémica, a una discusión entre quienes legitiman o critican la alternativa que la clase obrera ofrece: se trata asimismo de la lucha por apoderarse del aparato ideológico "o por crear otro nuevo alternativo y, generalmente, de ambas cosas a la vez". Para aquellos que leyeron el ensayo de L. Paramio en nuestra edición anterior, este estudio de Bozal les resultará particularmente revelador y pertinente considerando el momento político español

No son muchos los trabajos que pretendan estudiar la crisis del capitalismo en México ni tampoco las aportaciones originales en este campo. Nuestro retraso teórico, resultado de años de inmovilismo proletario, de dispersión y desorganización de la izquierda, impide traspasar criterios genéricos y simplistas. Por esa razón, nos parece especialmente importante difundir ensayos que, como el de Roberto Castañeda, pretenden insertarse en ese debate que apenas ahora comienza, desde una perspectiva marxista y con una clara intención política, no académica. El autor aspira a fundamentar la hipótesis de que el reformismo burgués carece ya de sustento real: la catástrofe económica capitalista lo volverá pronto inoperante; por tanto, la política revolucionaria debe construirse para enfrentar, no una época de auge, sino una de decadencia del reformismo burgués. Para demostrarlo, Castañeda toma como hilo conductor el estudio de las finanzas del régimen apoyándose en una amplia información estadística. Aunque al artículo pudiera imputársele cierto economicismo metodológico, así como un aire "catastrofista", su contenido revela aspectos esenciales de los límites de la acumulación de capital en México. Estamos convencidos de que el intento de Castañeda servirá para ampliar y profundizar la polémica, tanto más necesaria por cuanto nos hallamos frente a un ascenso general de la lucha de clases, lucha que tiene hoy como centro a la clase obrera, al proletariado industrial, cuyas recientes movilizaciones sirven para agrupar los combates de todos los oprimidos.

II

Cuadernos Políticos quiere rendir homenaje a José Revueltas, muerto en la ciudad de

México, el pasado 14 de abril. Homenaje al militante revolucionario, al genial escritor, pero también al hombre incorruptible, al individuo capaz de romper con todos los dogmas, de luchar contra el autoritarismo y la represión social e individual. Sólo su muerte permitió hacer visible la profunda admiración y el respeto que por él sintieron los militantes de la izquierda mexicana: su funeral fue su último acto político y como lo señaló uno de los oradores ante su tumba, José Revueltas falleció sentenciado por los mismos que en 1968 santificaron la matanza. Como constancia, así sea mínima, de nuestro homenaje publicamos un ensayo de Héctor Manjarrez que puntualiza con claridad la miseria de la cultura oficial. Revueltas, nos dice Manjarrez, como ningún otro escritor mexicano, fue un protagonista. Fue el más libre de todos —o el que más libre nos hace a los lectores— porque procuró ser libre dentro de la desdicha de la historia. En un país en que la cultura sólo ha sabido unirse a la política para corromperse, en un país donde tantos creadores culturales honrados rehúyen la política como una peste, Revueltas asumió libremente el drama, a veces grotesco, siempre trágico, en ocasiones ejemplar, de vivir la cultura como campo privilegiado de la política, y la política como expresión paradigmática de la cultura. Palabras que suscribimos plenamente.

III

La dramática experiencia de los trabajadores de la fábrica Spicer hace meses que parecía totalmente olvidada por la izquierda. Uno de esos pequeños suicidios de la memoria con los que inconscientemente se trata de borrar las propias responsabilidades y la crónica incapacidad para actuar en política. Por ello incluimos en este número un ensayo que intenta dar cuenta del significado de la huelga, haciendo a la vez la crónica y la crítica del movimiento.

En el movimiento de Spicer se manifiestan algunos de los rasgos que caracterizan a la actual insurgencia obrera. La potencialidad combativa de las masas se puso de manifiesto durante los 120 días que duró el conflicto; se demostró que las crisis por las que atraviesa el charrismo no sólo afecta a los sectores más atrasados de la industria sino que se generaliza incluso en los sectores de punta, aquellos que por su lugar en la producción obtienen grandes beneficios y se pueden permitir el privilegio de conceder algunas migajas a los trabajadores.

Pero el movimiento de Spicer también demostró hasta qué punto la burguesía -en este caso la empresa transnacional- no está dispuesta a negociar ni a reconocer a direcciones autónomas de los obreros. Por lo demás, el conflicto dejó en claro el contubernio que en última instancia establecen las autoridades, el charrismo y la patronal cuando se trata de

ahogar la insurgencia popular. Si el movimiento en Spicer concitó la solidaridad amplia de otras capas del pueblo, así como del conjunto de las fuerzas democráticas, la empresa recibió un firme apoyo de todos los capitanes de industria, cuyas amenazas públicas hicieron del conflicto un claro episodio político de la lucha de clases, de tal modo que el fiel de la balanza, la correlación real de fuerzas se inclinó contra los trabajadores, a pesar de su vigorosa resistencia y de la solidaridad recibida.

Una vez más, como ha venido ocurriendo durante el actual ascenso de la lucha, en la medida en que las demandas reivindicativas de los trabajadores tropiezan con las direcciones charras, los conflictos se politizan irremisiblemente. De ahí, en una perspectiva estratégica, se desprende una clara, importantísima lección: si el movimiento obrero no consigue la unidad de acción, si las luchas reivindicativas no se inscriben en el marco de una alternativa global, de un programa así sea mínimo, enfrentarán por sí solas, y con poca posibilidad de éxito, al conjunto de la clase dominante. Pero este es un camino que es necesario recorrer. Para la clase obrera no existe ninguna otra posibilidad de educarse, de adquirir conciencia, más que a través de este largo camino de pequeñas y grandes victorias y derrotas.

Sin embargo, nada más ajeno al pensamiento marxista que la confianza en la espontaneidad o el supuesto de que la historia por sí misma hace madurar todas las condiciones. No existen situaciones sin salida ni para la burguesía ni para el proletariado y es por eso que el problema de la dirección, de saber con toda precisión qué rumbo se quiere tomar y qué medidas se tienen que aplicar para conseguir un determinado objetivo, es el problema crucial en cada una de las situaciones concretas que el movimiento no elige. Todo lo demás, por otra parte, es puro subjetivismo.

Y es en este punto donde confluyen algunos de los factores que hicieron de la huelga de Spicer no un paso adelante sino una severa derrota de la que, no obstante, tenemos todavía mucho que aprender.

El problema central consistía en lo siguiente: ¿Bajó qué condiciones es absolutamente imprescindible separar a una sección sindical de su respectiva central charra para formar un sindicato independiente? O dicho de un modo más general ¿la lucha contra el charrismo pasa por el desmembramiento de las centrales vigentes, para formar sindicatos paralelos? O por el contrario ¿la lucha por la independencia de la clase obrera debe darse dentro de las estructuras charrificadas, impulsando al mismo tiempo la unidad de los trabajadores en formas superiores de organización? De la respuesta que se dé a estas preguntas depende toda la táctica sindical. Obvio es decir que detrás de esos interrogantes se halla una

determinada concepción política, vale decir, una interpretación de la sociedad y de las condiciones bajo las cuales el proletariado puede y debe convertirse en la clase revolucionaria.

La huelga revela asimismo una de las características de la actual insurgencia sindical, su inmadurez. No podíamos, por otra parte, espirar otra cosa, puesto que el movimiento aparece en escena después de treinta años de opresión charrista, de esterilización política. Que surja con; un enorme e inmediato potencial combativo no puede extrañar por la misma razón. Pero tampoco puede sorprendernos que ese movimiento, ávido de liberación, sea aún incapaz de definir con precisión el carácter de sus luchas e incluso al enemigo de clase. Se trata todavía de un movimiento espontáneo; se trata de un movimiento reivindicativo, politizado objetivamente por la acción del Estado, más no de un movimiento consciente. ¡Y cómo habría de serlo sin partidos de clase, sin auténticas organizaciones de clase! Situación que afortunadamente comienza a cambiar con las grandes jornadas de los electricistas democráticos.

Este espontaneísmo que en las primeras horas, días, de la huelga consigue victorias también conduce a una peligrosa ilusión: creer que la lucha es contra una empresa, contra un tribunal del trabajo. Y -se pierde el ritmo y la perspectiva. En el momento en que se puede consolidar una victoria, parcial si se quiere, cuando la presión de las masas permite negociar favorablemente, la dirección plantea la separación de la sección para integrarla a otra central. Grave error ya cometido. Es esa táctica la que debemos criticar aun cuando bajo determinadas circunstancias no exista más alternativa que el sindicato independiente. De los errores pasados, de su análisis depende la elaboración de una táctica correcta.

No obstante la reconocida importancia del llamado problema agrario, lo mismo en México que en el resto de América Latina, las investigaciones marxistas rigurosas apenas si alcanzan un puñado de trabajos dispersos. De ahí la significación de los estudios que se proponen hacer la crítica de las ideas y conceptos que van surgiendo. En este número, damos cabida a una revisión del libro de Roger Bartra Estructura agraria y clases sociales en México, debida a Fernando Rello, economista mexicano que ya publicara en otra ocasión (Cuadernos Políticos, n. 4) un ensayo acerca del mismo tema. Bartra, dice el autor, se ubica en la perspectiva del análisis de la articulación de los modos de producción, distinguiendo dos de ellos: el modo de producción mercantil simple y el modo de producción capitalista. Entre ambos existe una relación de explotación que Bartra denominaría como de acumulación primitiva permanente. Esa relación es la determinante de lo que vendría a ser una estructura agraria subcapitalista. A esta concepción de Bartra

—que no se agota aquí, desde luego— Rello opone una contradicción de fondo: "Mi crítica —dice— a la teoría de los modos de producción que utiliza Bartra se refiere básicamente a que define la economía mercantil simple como un modo de producción y en este sentido no sólo está confundiendo modo con forma sino que, además, cree ver un modo de producción donde no lo hay."

Sin embargo, es evidente, no se trata de una polémica metodológica, o ésta no es por lo menos la cuestión central, sino de extraer conclusiones que permitan reorientar la investigación marxista y, consecuentemente, la práctica política. Pensamos que este tipo de breves ensayos bibliográficos, se esté o no de acuerdo con ellos, tienen además otra virtud: la de impedir que las obras de los nuevos autores marxistas se pierdan en el olvido, o en la indiferencia, cosa que por desgracia en nuestro medio suele ocurrir.